

El pecado en el Mundo Físico

Por EUGENIO D'ORS (*)

1.—El contenido de la presente Memoria fué dado por primera vez como continuación a la celebración en Francia del centenario del cartesiano *Discurso sobre el Método*. El autor de la misma, a la manera del propio Descartes, aunque en demasiada lejanía de su mérito, ensayaba así una meditación filosófica en un cuartel y en medio de una guerra. Como ello acontecía en verano y en España, no era una estufa esta vez lo que el meditador tenía a la vera, sino un botijo de agua. Tampoco cabía que él se envaneciera en esta ocasión de no estar turbado por inquietudes y pasiones. Las unas como las otras daban, sin embargo, alimento a su experiencia. Útil experiencia, tanto como atroz: útil, puesto que no se trataba en la coyuntura de «buscar la verdad en las Ciencias», sino de fortificar el denuedo, encontrando alguna explicación a la presencia infame del mal en el mundo.

Con ser cristiano, el filósofo recibe ante ese problema el socorro de ciertas certidumbres; no, el de una solución categórica. En el interior mismo de la enseñanza cristiana, en el cuadro inclusive del catolicismo, dos tradiciones harto divergentes encuéntranse aceptas en el asunto. Hay una que se encuentra ligada a la actitud optimista, que fué ortodoxa en San Francisco, tras de haber sido herética en Pelagio. En la segunda tradición, un pesimismo heroico ha podido extravasarse en el primer Lutero o en el jansenismo, tras de haber tenido en su favor la autoridad de San Agustín. La naturaleza aparece en aquélla representada como algo esencialmente bueno; sea que la nota de bondad le acompañe desde los orígenes, sea que, aun suponiendo a la naturaleza decaída, el precio de la sangre del Salvador la haya rescatado, al tiempo en que el hombre se rescataba. Pero la actitud contraria ve el mal como inseparable de la naturaleza y niega igualmente la posibilidad de

que a la misma se haya extendido el beneficio de la redención. Si, pues, andamos aquí faltos de una revelación decisiva y si la doctrina de los maestros más respetables se presenta en recíproco desacuerdo, cada cual debe entre nosotros intentar valerse, como base de la propia elección, de ciertas consideraciones personales o bien del resultado de ciertas experiencias. Confesamos que la de la guerra figura entre las más aptas para mostrarnos una naturaleza implicada sin remedio en la catástrofe del pecado original.

La palabra catástrofe nos acude aquí a mentes casi por necesidad. Lo que define, en efecto, el sentido del término pecado es, más directamente aún que la presencia de una cotización moral negativa, la de una calidad *histórica*, que permite ver en el pecado la consecuencia de un *acontecimiento*, producido en el tiempo y cuyas consecuencias pueden indudablemente prolongarse hasta el infinito, si se quiere, pero que *empezó* en un momento dado, antes del cual no tenía existencia... El mal formará lo que llaman los lógicos el «género próximo», en la definición del pecado; pero sólo *la calidad histórica* proporcionará aquí la llamada «última diferencia», ya que la nota de responsabilidad, a la cual tal vez hubiéramos estado tentados de atribuir ese papel, no ha de parecer indispensable, desde el momento en que hablamos corrientemente de la herencia del pecado o de la necesidad de lavar lo por el bautismo o el exorcismo; sin excluir siquiera los casos en que resulta imposible la presunción de una voluntad responsable; tales, los del recién nacido o del loco.

No hay, pues, incompatibilidad de términos —y éste es el primer atestado que hemos de levantar en nuestro camino— entre pecado y naturaleza. Basta con que, al echar una ojeada sobre el mundo físico, advirtamos en él cierto desorden y, al mismo tiempo, que ciertas señales nos permitan la inducción del tal desorden como no existente siempre, sino tan sólo a partir de una hora, en que ha debido de acontecer una catástrofe, para que la convicción se imponga a nuestro juicio de que *este*

(*) Como contribución póstuma del llorado filósofo español Xenius, asesor insustituible y entusiasta de nuestra revista, se publica este original trabajo cosmoógico, leído por el Maestro en la Asociación Española para el progreso de las Ciencias. En páginas siguientes, nuestro redactor R. Drudis Baldrich y nuestro colaborador J. Córdoba evocan la figura del pensador catalán.

desorden es un desarreglo. En otras palabras, que el elemento decisivo aquí nos será dado por el espectáculo, no de una realidad amorfa, ni de una realidad orgánicamente armoniosa, sino de una realidad *rota*, en la cual el producto de una inteligencia muestra las huellas de un accidente, obra, bien de otra inteligencia hostil, bien del ciego azar. Ahora bien; es justamente ese género de espectáculo el que nos presenta la simple consideración objetiva del mundo físico. Vamos de ello a encontrar la confirmación en lo que sigue, empezando por el dominio del lenguaje, que señala, por decirlo así, el tránsito entre el espíritu y la naturaleza; siguiendo luego por el examen de los fenómenos de la vida y terminando por los pertenecientes al dominio de la mecánica inerte. Si, en cada uno de estos capítulos, advertimos la señal de la ruptura, del accidente sobrevenido y de la superposición de planos, nos veremos llevados a concluir que el pecado es esencial en el mundo y que, sin recurso a la idea de pecado, resultaría inútil querer construir, no digamos ya una cosmología completa, sino, de llevarse con rigor las cosas, ni siquiera el tratado de física más discretamente elemental.

2.—El problema del origen del lenguaje ha turbado a las mentes en todas las épocas. Cabría quizá decir que la nuestra se ha preocupado en él menos que ninguna; sea que la prohibición agnóstica de tocar a las cuestiones de origen o de fines últimos haya sobrevivido, a título de «tabú» supersticioso, a la escuela positivista que la engendró, sea que nos hayamos avezado en tal capítulo a darnos perezosamente por satisfechos con la explicación de la hipótesis evolucionista, según la cual el lenguaje humano representaría el acabamiento de una evolución lenta, partida de la nada para llegar a una perfección susceptible de acrecerse todavía en lo por venir.

Esta hipótesis, sin embargo, no cabe conciliarla, ni con las dificultades morfológicas que le componen distintos lenguajes, ni, más ampliamente, con lo que nos muestra el análisis de la función del lenguaje. Como resultado de este análisis, nos vemos llevados a dissociar, en la palabra humana, el *elemento vocativo* del *elemento nominativo*. El primero, simple continuación y desenvolvimiento de la actividad sonora de las bestias, traducida en mugidos, lamentos, aullidos, etc., manifiesta, en el hombre igualmente, la fuerza lírica de la naturaleza y alcanza, es cierto, a hacer a esta fuerza

más ricamente expresiva y más concretamente evocativa; sin concederle nunca, empero, una correspondencia de contorno con lo conceptual. El elemento nominativo, al contrario, introduciendo una discontinuidad en el fluir de dicha fuerza, lograr aislar un fragmento, *una pieza*, en lo que es vivo y fluido, y lo *fija*; por manera que lo convierte en individuo, es decir, en substantivo.

La diferencia entre dichos dos papeles se vuelve, por otra parte, bien visible, cuando una misma forma gramatical se encuentra alternativamente tomada en nominativo y en vocativo, y cuando un substantivo se vuelve interjección (la palabra *diantre*, por ejemplo, que oculta una invocación al diablo), o, recíprocamente, cuando una interjección aparece substantivada (tal, cuando decimos *los ayes*, enfriamiento nominativo del vocativo *¡ay!*); superposición aquí de un concepto a un impulso, de un esquema definitorio a un derrame expresivo, al cual aquél limita, como al paisaje del pintor el cuadro en que se inserta. El hombre que habla es siempre comparable al que lleva un vaso de agua, un líquido en el cuenco de un sólido, una materia amorfa en una forma extraña al mismo. Sabemos entonces que el vaso no ha podido tener el mismo origen que el agua; que aquél ha debido *sobrevivir* en un cualquier momento de la existencia de ésta y captarla. Semejante aparición representa un acontecimiento *histórico*, producido por una intervención llegada de fuera y que la sola impulsión evolutiva del líquido no hubiera podido producir. (Advirtamos, antes de despedirnos del ejemplo escogido, que el mismo fenómeno de la congelación, estando, como está, sometido a ciertas condiciones exteriores al cuerpo en cuestión, no contradice la exigencia de que hablamos.) Cada vez, por consiguiente, que decimos o escribimos *los ayes*, recogemos las consecuencias de un acontecimiento histórico, de algo que aconteció en el tiempo, y en cuya virtud se ha podido parar, captar, separar un momento de la corriente expresiva, para trocarlo en nominativo conceptual. Que tal acontecimiento esté por nosotros olvidado; que el valor nominativo de la forma lingüística se encuentre enmascarado por su valor lírico (como el *diablo* en el *diantre*), o bien, al contrario, que el fuego del lirismo se haya apagado bajo el estrato de lo nominativo (*los ayes*), poco importa. La presencia de las dos funciones antagónicas se deja advertir en cualquier hipótesis.

Lo aquí manifiesto, en suma, es la discontinuidad entre el mundo de lo expresivo y el de lo conceptual. Uno u otro de los dos ha debido sobrevenir gracias a lo que los biólogos llaman «una mutación brusca». Pero toda mutación brusca supone, a su vez, un agente cuya causalidad turba el desenvolvimiento del plan iniciado por la causalidad primera. Esto admitido, quedan únicamente como posibles dos hipótesis, cada una de las cuales sobrepasa el alcance del concepto de evolución: según la una, la vía evolutiva que iba prosiguiendo el lenguaje expresivo humano, perfeccionamiento del lenguaje expresivo de las bestias, hubiera sido cortada, en un momento dado, por una revelación venida del exterior y en virtud de la cual se hubiera producido el lenguaje conceptual. Según la otra hipótesis, una revelación inicial, coincidente con la aparición del hombre sobre la tierra, hubiera sufrido, más tarde, las consecuencias de una caída, en la cual las ruinas del lenguaje conceptual hubieran encontrado arrastradas por la corriente de lo expresivo. En favor de esta última suposición militan numerosas observaciones empíricas, proporcionadas por los filósofos que estudian los lenguajes primitivos. Algunos, entre los más antiguos de ellos, llevan el sello de una estructura reducible a un plan único, ni tampoco el de los resultados de un azar: más bien parecen una especie de *ruina*, donde fragmentos obedientes a un plan superior se encuentran mezclados a los efectos de la interposición de un accidente. El espectáculo que presentan a ojos del filósofo es comparable al que ofrece a ojos del médico, no un niño, sino un enfermo; más exactamente, un herido.

3.—Y ahora, si recordamos la demostración, tan verdaderamente lúcida, que el filósofo Cournot emplea en su *Tratado sobre el encadenamiento de las ideas fundamentales en las ciencias*, para sacar a luz la necesidad de dar lugar a un residuo, al menos, de contingencia, en todo sistema de representación general de la naturaleza, nos sorprenderá la evidencia de un paralelismo entre el nervio de su razonamiento y aquel del que acabamos de servirnos para denunciar las huellas de una ruptura catastrófica en el lenguaje. Quiere imaginar Cournot que un cosmógrafo ha llegado a conocer todas las leyes que regulan el movimiento de los planetas en el universo, hasta reunir estas leyes en una construcción de conjunto—pongamos que sea ordenándolas todas

bajo la dependencia del gran principio de la gravitación universal—. Por muy completo, perfecto y racional que supongamos este conjunto, resultará siempre imposible de explicar, según el mismo, el hecho de que los planetas sean en número de tantos, y que se trate de tal o tal otro planeta, que llamamos Marte, Mercurio, la Tierra, etc. Esto es un dato *de hecho*, cuyo conocimiento no depende de la razón.

Depende de lo empírico, pertenece a la Historia. Ha habido aquí un acontecimiento o una serie de acontecimientos, cada uno de los cuales podrá ser parcialmente explicado, a su vez; pero exigirá un acontecimiento anterior, cuya entidad será justamente más grave, a medida que, por hipótesis, retrocedemos de lo complejo hacia lo simple; mostrando esta simplicidad misma la presencia de un orden, de un orden forzosamente antagónico con el de la razón, antagonismo que puede ser aún disimulado bajo la trama de prolijas apariencias, pero que se acusa aún más crudamente cuando se pasa, en cada uno de los antagonistas, de la pluralidad a la unidad. Puesto que en la base hay, al menos, dos unidades, es que en la base hay una dualidad, una ruptura. Esta apreciación no representa, necesariamente, un postulado de maniqueísmo. Sobre un plano diferente del de la naturaleza, uno de los antagonistas ha podido muy bien ser creado por el otro. Pero en todo caso, esta reductibilidad—histórica también—, formalmente aplicable a las causas, no lo es a la cadena, doblemente infinita, de los efectos. Entre estos efectos, cuyo conjunto compone el mundo físico, los hay que son opuestos a los otros. El hecho de que, gracias a esta prioridad de su fuente primera, los unos sean superiores a los otros y, por esta superioridad, *legítimos*, no sirve sino para subrayar el carácter de *rebelión*, de *pecado*, pues es su antagonista. La Historia es el verdadero árbol de la Vida y de la Muerte.

Árbol de la Muerte, justamente por ser árbol de Vida. *Toda historia se destina esencialmente a la nada*. Y la condena de nuestro mundo físico a desaparecer, procede de esta verdad, que nuestro mundo físico tiene una historia; o mejor dicho, que es la historia que en le tiene a él, al mundo físico. Ello aparece en seguida en el dominio de la biología. No solamente el hombre, con su complejidad moral, con su juego de libertades y sus responsabilidades, sino el más oscuro y el más rudimentario de los organismos vivientes, se ofrecen a

nuestra consideración como víctima de una catástrofe, de la cual el hombre viene a ser el autor, quizá más exactamente, el cómplice... Víctima, evidentemente, puesto que muere. Peor aún, puesto que nace. La transmisión hereditaria del pecado original aparece, a poco que se preste atención, de una tan clara necesidad, que asombra el desconcierto que la noción adventicia de responsabilidad ha podido echar sobre el sujeto, hasta hacer de ello un problema, y a los ojos de algunos, un absurdo. Pero es curioso notar cómo quienes hablan aquí de absurdo son justamente los más aficionados a aplicar a la biología el vocabulario de la guerra y de la batalla. No maniqueos, no dominicos rehusadores del optimismo franciscano, han inventado el famoso *struggle for life* y la tesis de la «supervivencia del más apto». La amenaza de la nada oscurece en el saber esta luz impasible, que podría esperarse resultante de la aplicación de los principios de la mecánica cartesiana a las ciencias de la vida. Quien no ha soñado sino en estudiar ecuaciones, ha visto de pronto abrirse en el fondo de estas cuestiones el abismo del espanto.

4.—Es necesario insistir sobre la significación que tiene el hecho de que la condena a muerte de todo ser viviente no corresponde en modo alguno a una imperfección de la vida, y no representa, pues, una realidad residual que señala la limitación de algo bueno, su debilidad o sus flaquezas. El mal no guarda en el orden físico ese carácter de relatividad que le atribuimos en el orden moral, cuando decimos, por ejemplo, que «nadie es perfecto», que «no hay dicha completa», o que «el justo peca siete veces al día»... Aquí, al contrario, nos vemos forzados a conceder al mal una fuerza autónoma; y, por decirlo, una vez más, en términos sugeridos por la actualidad que me rodea, una beligerancia. Los elementos de desorden, en suma, cuya presencia apreciamos en la naturaleza, habrían podido provocar, en relación al orden de la naturaleza, a su plan divino, ya la necesidad de lo que llamaríamos «operaciones de policía», ya una verdadera «guerra civil». La primera hipótesis no supone sino la afirmación de la presencia del mal en el mundo, así como para un Estado una declaración análoga quiere decir simplemente que el Estado tiene que habérselas en el interior con bandidos. Pero la confesión de la existencia de una guerra civil se impone cuando el desorden no es ya una merma del orden; cuando se trata de un antiorden, de una fuer-

za activa, capaz de ganar la partida: entonces es un Estado quien se opone al Estado; es la muerte la que puede ganar la partida en la naturaleza. Entonces la contradicción del plan divino toma ese carácter histórico, que es propio, ya lo sabemos, del pecado, y que separa—objetivamente y sin recurrir a la noción de responsabilidad—el pecado del defecto.

Que se me permita seguir aún un instante sobre el terreno de las comparaciones, puesto que ellas nos son útiles, a fin de hacernos tocar como con el dedo la diferencia entre la pura afirmación del mal y la consideración de este mal, como llevando en sí el peso de una condena. Imaginemos la variedad de actitudes que adoptará un país colocado, por hipótesis, bajo un régimen político moderado, ante los peligros que pueden representar para su propia existencia, ora los partidarios anarquistas, ora los comunistas situados en su interior. Los primeros, inclusive si se presentan en sus relaciones con el poder en posición de antagonismo extremo; inclusive cuando su antagonismo toma el giro más peligroso de violencia y de crueldad, no significarán, en suma, para el Estado más que un factor residual cuya función es enteramente de resistencia. Pero los comunistas poseen, a su vez, un Estado (un Estado, por lo menos); un Estado que encarna materialmente sus tendencias ideológicas; un Estado situado en el extranjero y por el cual la doctrina se hace potencia... Es exactamente la nota que nos ofrece la presencia del mal en la naturaleza. Esta presencia denuncia una intervención: una potencia extraña al mundo se ha mezclado en los asuntos del mundo, en las cuestiones de las células y de los átomos, desde el momento en que tomó pie en aquél. Las consecuencias cotidianas de esta inmixción pueden parecernos menos terribles que tal suceso nefasto, producido sin ella. Una disposición legislativa bolchevista no nos hará estremecer de horror como una matanza anarquista. La muerte de una mosca nos asusta, ciertamente, mucho menos que un incendio. Pero la negación intrínseca del Estado, la negación intrínseca del espíritu, son, y con mucho, más graves en la disposición legislativa que en el fin de la mosca: la una y el otro traducen los efectos de una catástrofe primera, al lado de la cual todas las otras, que pueden afectar a nuestros sentimientos o a nuestros intereses circunstanciales, no son sino un juego.

Un ejemplo aún y que es célebre entre los teorizadores de la física. Eddington lo utili-

za—entre otros—comparando con un juego de cartas que se baraja la confusión de los elementos del Universo. Perc—él como los demás—deja el ejemplo a medio camino, en el lugar en que se tiene en cuenta la intervención del azar; sin llegar a aquel desde el que puede considerarse la causalidad de una inteligencia hostil. El barajar durante unos minutos un paquete de cartas que viene de fábrica, hace desaparecer todo rastro del orden sistemático según el cual esas cartas estaban ordenadas. Consecuencia: siempre que ocurra alguna cosa que no puede ser deshecha, debe atribuirse la causa de este hecho a la introducción de un elemento de azar, análogo al que interviene en el barajar de las cartas... ¡ Consecuencia admitida demasiado a la ligera! El elemento introducido podría ser muy diferente al azar. Cabe que se trate de una voluntad mala; o también de consecuencias de un acontecimiento producido un día por una voluntad mala, es decir, un pecado. En este caso, si el orden sistemático dado por el fabricante a su baraja ha desaparecido, pueden encontrarse señales de un orden antagónico en la aparición sucesiva de estas cartas. Estas señales parecen aún más significativas cuando, por haber barajado insuficientemente, subsiste parcialmente el orden primero impuesto por el fabricante. El conflicto se hará manifiesto así, y la ruptura. Esta es la situación en que la aparición de la vida—de la vida natural, de la vida-muerte—ha colocado al mundo.

5.—El pecado de la vida, por otra parte, ¿no se encontraría ya implicado en el pecado de movimiento? La mancha de absurdo con que las aporías de Zenón de Elea han infamado el movimiento, y de la que no se ha logrado jamás lavar del todo, quiere decir algo. Quiere decir que el movimiento se coloca, también, en el orden de lo histórico; que él también corre fatalmente a su pérdida, cualquiera que sean su especie y su ocasión; que, en sus manifestaciones más inocentes, más benditas, más deliciosas—en el avance de la mano que el hombre tiende a la amistad o a la caridad, al trabajo o a la escritura, al apoyo de la flaqueza o al tratado del signo de la cruz—, puede encontrarse el resultado de un antiguo impulso de rebelión. El primer movimiento que el mundo vio nacer rompía ya el primer equilibrio del mundo. Si, desde el punto de vista del conocimiento, todo movimiento es irracional, desde el punto de vista de los valores, todo

movimiento es infame. «Los enemigos de la palabra de Dios—aseguraba Eckart—son tres: la apariencia, la pluralidad y el tiempo...» No habla expresamente del movimiento: es que éste encierra en sí, conjuntamente, a la pluralidad y a la apariencia. Esta cualidad destructiva, intrínsecamente aniquiladora de todo movimiento, se traduce, en lo cuantitativo, por una disminución de valor del mundo; lo cual es, por otra parte, la condición indispensable para que todo movimiento se realice, y forma parte, bien mirado, de la definición misma del movimiento. El principio llamado «de la degradación de la energía» había sido considerado primeramente por los físicos como una simple ley de funcionamiento de las máquinas de vapor; el círculo de su validez se extendió seguidamente a la termodinámica general; después, a toda la mecánica, donde hubo que entronizar el principio de la degradación de la energía junto al principio de su conservación. Finalmente, hay que inclinarse ante la necesidad de conceder verdadero alcance metafísico al primero; pues la condición racional del movimiento está en que el movimiento del moviente sea irracional.

La «segunda ley» de la termodinámica—ley que, apresurémonos a confesarlo (pues la manera como habitualmente hablan los físicos puede inducir a error), no completa la primera, sino que la contradice—tiene de particular, que no solamente señala un sentido al funcionamiento del universo, sino un sentido que conduce a la muerte. Pero la primera ley, por su lado, postula que, en la energía total del universo, nada se pierde; es decir, que todo proceso natural es reversible y que al fin de la reversión la cantidad de energía debe encontrarse sin variación: y ésta es el principio mismo de la racionalidad del mundo físico. Ello resulta, sin embargo, inconciliable con el simple hecho de que una locomotora funcione y con el resultado de toda transformación de energía térmica en energía cinética. Según el principio de conservación, el mundo debería siempre valer lo mismo y su duración sería ilimitada en el tiempo. Según el principio de la degradación, el mundo vale de menos en menos y está condenado a perecer totalmente un día... Ya sé que de esta fatalidad han querido paliarse las consecuencias con el empleo de ciertos subterfugios, cuya consideración puede incluso ser bastante edificante en la obra de los físicos. Yo me entretuve un día en ver de cerca de qué manera se aplicaba

Lord Kelvin a explicar la compatibilidad entre las dos leyes de la termodinámica. Advertí entonces que trataba de salir del paso aprovechando el equívoco de la palabra «mundo», empleada para aludir, unas veces, a *la totalidad del universo*; otras, al planeta *la Tierra*; así tenía el sabio la bondad de permitirnos esperar que, incluso si un día, a fuerza de degradaciones sucesivas, la energía *útil* llegaba a desaparecer de *nuestro mundo*, la situación se arreglaría mediante ciertos empréstitos que a este mundo harían las reservas contenidas, sin duda, *en el universo*. Sin caer en que, aun aceptada la distinción y limitado a nuestro planeta el alcance del segundo principio, la ruina del cliente, a fuerza de reproducirse al final de cada uno de estos expedientes, arrastraría también a la ruina a su generoso banquero, cuyas reservas no pueden ser inagotables, puesto que, por hipótesis, se ha aceptado, también para él, la ley de la conservación de la energía, según la cual nada se pierde, pero tampoco *se gana*.

El pesimismo de esta perspectiva de universo en el porvenir, ¿está compensado por

un optimismo en la consideración del pasado? Es evidente que, si la desorganización del universo crece a diario—que no en vano los físicos hablan de *entropía*—, cada instante del pasado ha debido presentar una organización superior a medida que se va hacia atrás en la cuenta del tiempo. Se llega así a la consideración de un instante en que la energía del mundo ha estado totalmente organizada, sin la presencia de ningún elemento de azar y menos aún de ningún elemento hostil. El uno y el otro han debido hacer su aparición, nacer, *en un momento dado*—y el problema podría aún presentarse de saber si azar y pecado nacieron al mismo tiempo, si son hermanos gemelos—. En todo caso, sin tomar en cuenta el uno y el otro, el mundo físico no puede ser explicado... Yo me alabo de haberlo reconocido hace mucho tiempo. Y de no haber esperado a escribir páginas de filosofía en medio de una guerra, para aprender que, para la Física como para la Historia—y precisamente porque la Física entra *también* en la Historia—, la doctrina del pecado original constituye una clave de arco.